

V
922
S

Bx4672

56



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

MEXICO: 1877

IMPRESA DE JENS Y ZAPIAIN, CALLE DE SAN JOSÉ EL REAL, NÚMERO 22.

INTRODUCCION.

CUANDO los intrépidos soldados españoles y con ellos los primeros sacerdotes cristianos pisaron las playas del Anáhuac, dos siglos hacia que Tenoch, el fundador de la nacionalidad mexicana, habia instituido, en su doble carácter de jefe y sacerdote de la tribu que verificara larguísima peregrinacion para venir á establecerse al fin en el hermoso valle en que hoy se asienta la capital de la República, una religion cruel y sangrienta por una parte, y dulce y halagadora de otra, por las promesas que hacia de una vida futura, tanto mas feliz cuanto mas gratos hubiesen sido á los dioses los sacrificios que les habian ofrecido. Tenoch, conductor de un pueblo á la tierra prometida por su dios, nuevo Moises, como le ha llamado uno de nuestros mas ilustrados anticuarios, habia roto la servidumbre de aquel pueblo, inmolando en aras de la divinidad que adoraba, á un cautivo á quien hizo arrancar el corazon en presencia del rey bajo cuyo dominio se encontraban los mexicanos, para colmarle de horror toda vez que ningun efecto habia producido la crueldad con que quitaban las orejas á sus prisioneros. Estaba ya edificado el primer templo de Huitzilopochtli y en él tuvo lugar la espantosa ceremonia.

Al estudiar la religion de los aztecas, confúndese el espíritu ante aquella mezcla indefinible de cultura y de barbarie, que no puede uno explicarse sino atribuyéndola á la lentitud con que la civilizacion penetra en las naciones. Por una parte, se les vé reconociendo la existencia de un Sér Supremo, de una causa primera, *Teotl*, en quien estaban reunidos todos los atributos que las religiones mas adelantadas han concedido al Autor del Universo, y por otra se les vé recurrir á una infinita variedad de dioses, presidiendo los actos de la vida del hombre, los cambios de las estaciones y cuanto existe.¹ Tenian trece deidades principales y mas de doscientas secundarias, á las que estaban destinadas otras tantas festividades.² Adoraban al sol y á la luna, y aun á algunos animales que consideraban sagrados.³

En cuanto á sus dogmas, ellos creian en el premio y en el castigo, ó mas claramente, en las recompensas futuras, segun las obras del hombre, y aun creian en la trasmigracion de las almas.⁴

Su moral en muchos puntos estaba fundada en los mismos principios en que descansa la de todos los pueblos cultos, y sus sacerdotes, numerosos por demas, pues solo en el Templo Mayor de México existian cinco mil,⁵ atesoraban conocimientos históricos y científicos, y

1 Clavigero, *Historia antigua de México*.

2 Sahagun, *Historia universal de la Nueva España*, lib. 6°.

3 Torquemada, *Monarquía indiana*, lib. 6°, cap. 2.—Motolinia, *Historia de los indios*, tom. 1°, pág. 33 y 34.

4 Sahagun, op. cit.

5 Gomara, pág. 443.—Acosta, *Historia de las Indias*, lib. 5°.

002754

eran los maestros de la juventud.¹ Pero en cambio, el culto religioso á pesar de su extraordinaria pompa, á pesar de que lo ejercian los hombres mas ilustrados, era repugnante, horrible, por los sacrificios humanos que se hacian en aras de las divinidades. No es ciertamente nuestra patria la única nacion del mundo que ha usado esos sacrificios; pero jamas, como dice un historiador ilustre,² con la profusion que en Anáhuac. Resístese la razon á dar crédito al número de las víctimas inmoladas por los antiguos mexicanos. Ninguno de nuestros historiadores deja de computarlas en ménos de *veinte mil* al año,³ y aun hay quien las hace subir hasta *cincuenta mil*.⁴

La coronacion de un rey ó la dedicacion de un templo, exigia un número prodigioso que turba el ánimo. Así, al consagrarse á Huitzilopochtli, dios de la guerra, el Templo Mayor de la capital en 1486, trajeron de todas partes á los prisioneros, reunidos durante muchos años con ese objeto, y fué necesario emplear varios dias en sacrificarlos.⁵ Y como si no bastasen aquellos actos de repugnante deformidad, el culto mexicano exigia que una parte del cuerpo de la víctima fuese el principal manjar de un banquete que creian sagrado,⁶ y las creencias religiosas pedian que en las exequias de los reyes y señores se matase á una parte de su servidumbre y aun á algunas de sus mujeres.⁷ Tal era la supersticion y fanatismo de aquel pueblo en quien el sacerdocio ejercia decisivo influjo; pueblo que siempre estaba en guerra, y el objeto de la guerra no era otro que el de, al extender el imperio, cojer prisioneros para inmolarnos á sus insaciables dioses.⁸

He aquí la manera mas comun de hacer aquellos sacrificios. Puesta la víctima sobre la enorme piedra destinada á tan sangriento objeto, varios sacerdotes la sujetaban, y otro, armado de un pedernal agudo, le abria el pecho y le extraia el corazon, que, todavia humeante, lo presentaba al sol y luego lo arrojaba sobre la deidad á quien se ofrecia aquel holocausto. A veces se desollaba el cuerpo del sacrificado, y vestian su húmeda piel sacerdotes y devotos, y aun el rey mismo solia bailar cubierto con aquel fúnebre manto. En las fiestas consagradas al dios del fuego precipitaban á algunos infelices sobre las llamas.⁹

Si al menos tanta barbarie hubiese sido ejercida únicamente sobre los prisioneros cogidos en el campo de batalla, atribuiríase al odio mas profundo y reconcentrado aquella ferocidad; pero nó. Ni la débil mujer, ni el indefenso niño se libraban de aquella muerte,¹⁰ y cuando, en medio de las oraciones de los sacerdotes se escuchaba el agudo grito de la inocente criatura, creian aquellos que el sacrificio habia sido aceptado por el dios.

¿Qué importaba que en la nacion azteca los conocimientos astronómicos hubiesen alcanzado la admirable perfeccion que en ellos se reconoce?¹¹ ¿Qué importa que su sistema aritmético fuese sencillo y fácil,¹² que hubiesen sabido suplir con la escritura representativa y la simbólica, la fonética que les era desconocida, si hemos de atenernos á las opiniones mas caracterizadas y mejor comprobadas hasta hoy? Ni importa tampoco que su agricultura hubiese estado adelantada, siendo así que no conocian el uso del hierro y de los animales. Ni el estado de las ciencias, las artes y las letras, ni cuanto viene á demostrar que aquella civilizacion era una de las mas adelantadas, si no la primera entre la de los pueblos del nuevo continente; ni el valor con que supieron defender la patria; nada hay que pueda borrar la horrenda impresion que causa la historia de un pueblo dominado por las supersticiones mas groseras, y en el que se multiplicaban los actos del canibalismo mas repugnante.

1 Torquemada, op. cit. lib. 8°.

2 Prescott, *Conquista de México*, tom. 1°, cap. 7.

3 Clavigero, op. cit.

4 Clavigero, op. cit.

5 Torquemada, *Monarquía indiana*, lib. 2, cap. 63.

6 Bernal Diaz, *Conquista de México*, cap. 51.—Motolinía, pag. 40.—Sahagun, lib. 2° cap. 20 y 21.—Ibid. loc. cit.

7 Torquemada, *Monarquía Indiana*, lib. 12 cap. 46.

8 Prescott, *Conquista de México*, cap. 2.

9 Sahagun, op. cit.

10 Ibid.

11 Acosta, *Ib.* 6° cap. 2.—Gomara, pág. 429.—Sahagun, op. cit. lib. 2° cap. 19.

12 Gama, *Descripcion de las dos piedras*, pag. 23.

Es la religion de un pueblo el indicio mas seguro de su cultura y bienestar, y la de los aztecas, tal cual la hallaron los conquistadores y misioneros, y de la que tan solo hemos querido presentar ligerísimo bosquejo porque repugna trazar el cuadro sombrío de aquellas matanzas y de aquellos horrores, demuestra bien claramente la degradacion de aquella sociedad, en que una religion abominable convertia en tétrico y sombrío el carácter de los aztecas, con sus diarios y sangrientos espectáculos.

No entra en el plan que nos hemos propuesto, investigar las causas de la conquista, ó mejor dicho, el objeto principal de ella. Los soldados españoles, por mas que puedan citársenos opiniones contrarias á la nuestra, venian en busca de las fabulosas riquezas que codiciaban; y si para el soberano y para el Papa era la propagacion del cristianismo la que animaba á Cortés y á los suyos, bien léjos estaba de la verdad aquella creencia.

Pero con los conquistadores vinieron los primeros sacerdotes, y á ellos se debe en su mayor parte la reduccion de los indios y su civilizacion, y lo que es mas todavia, á ellos se debe que no hubiese desaparecido aquella raza al ser sojuzgada.

La introduccion del cristianismo en México nos traslada á aquellos hermosos tiempos en que la fé se propagó por medio de los mártires. La figura de los misioneros resplandece en la historia nacional, y ofusca su gloria la de aquellos atrevidos soldados que penetraron con audacia inaudita por en medio de un pueblo valiente y le impusieron un yugo que duró tres siglos. Es imposible recorrer ese periodo histórico sin admirar la virtud heroica y sublime de los misioneros; es imposible dejar de ver en ellos á los agentes poderosísimos de una civilizacion adelantada, que venia á poner en contacto al mundo nuevo con el antiguo, haciendo partícipe á aquel del progreso y de las conquistas ya hechas por el segundo.

Ocioso seria detenerse en este lugar ó establecer un paralelo entre la religion cristiana y la de los aztecas en el siglo XVI, para venir á sacar en conclusion, lo que á la inteligencia mas limitada, lo que al espíritu menos ilustrado no puede ocultarse, esto es, que el cristianismo marca una era de redencion, llamémosla así, para el pueblo mexicano. No es esta una obra de controversia, ni tampoco podria caber en los límites de una introduccion materia de suyo tan vasta é importantísima. Nosotros tenemos que circunscribirnos á narrar los primeros pasos de la religion cristiana en México y seguirlos hasta la ereccion del Episcopado á que esta obra está consagrada. Despues, en la biografia de cada uno de los prelados cuyo serie tenemos que recorrer, se irán viendo los progresos de la nueva religion.

Al desembarcar Cortés en nuestras playas el 21 de Abril de 1519, fecha de que debemos partir en este escrito, vinieron con él dos sacerdotes: Fr. Bartolomé de Olmedo, religioso mercedario, y D. Juan Diaz, clérigo. Ni uno ni otro podian servir de instrumento á las miras particulares de Cortés. En la conducta del primero se vé dominar un celo ilustrado y verdaderamente cristiano,¹ dice un historiador, por el cual contenia dentro de justos límites los impulsos menos prudentes de Cortés. En la del segundo no solo ese celo, sino que, refieren los historiadores de la conquista, que el P. Diaz reconvenia muchas veces á Cortés y sin escrúpulo entró en la conspiracion originada del nombramiento injusto de oficiales que aquel hizo contra las instrucciones que traia de Diego Velazquez.² Betancourt asegura que con estos religiosos vino otro llamado Fr. Francisco Melgarejo; pero si el hecho es cierto, no consta cuáles fueron sus servicios, pues no le encontramos citado en las obras que á la conquista y al establecimiento del cristianismo se refieren.

El P. Olmedo comprendia que la destruccion material de los ídolos nada significaba cuando en medio de las marchas del ejército conquistador no podia instruirse á los naturales en los misterios de la nueva religion, y logró, con el apoyo de algunos capitanes, disuadir á Cortés de su intencion, al ménos durante algun tiempo.

Ya en Tlaxcala, comenzó á ejercerse el culto católico con la pompa que era posible, y fueron bautizados los hijos de algunos caciques.³

1 Torquemada, *Monarquía indiana*, lib. V cap. XVI.—Alaman, *Disertaciones*, tom. 1° pag. 83.

2 Betancourt. 3 Bernal Diaz.

Pero Cortés, que quería aun como predicador¹ distinguirse, pues en Tabasco y Cempoala intentó instruir á los indios en la religion, volvió en Tlaxcala á pretenderlo, sin éxito, como es fácil comprender; por mas que Gomara en el lugar citado se hubiese atrevido á decir que "tanto les predicó Cortés que quebraron sus ídolos y recibieron la cruz, habiéndoles declarado primero los grandes misterios que en ella hizo y pasó el mismo hijo de Dios."—Con razon un escritor moderno² exclama: "Extraño es que en media hora pueda cambiar un pueblo su antigua religion por otra desconocida y difícil de comprender; pero los españoles con la mayor buena fé, dieron entónces por consumada su piadosa obra."

Antes de pasar adelante, conviene observar aquí, que en la conducta de Cortés, más que un exagerado celo religioso como frecuentemente se cree descubrir, hay un egoismo sin límites aun en este punto de la religion. Si la propagacion del Evangelio era el fin ú objeto de su empresa y no el pretexto, es lógico suponer que aquella predicacion correspondia á Olmedo y á Diaz. Pero el orgulloso conquistador no quería ceder aquella gloria á los primeros sacerdotes, y por eso le hemos visto ya tres veces convertido en catequista. Bien se comprende que ignorando los capellanes del ejército español el idioma de los mexicanos, hubiesen creído que aun no era tiempo de emprender sus apostólicas tareas, y que debian limitarse á servir á los suyos, por entónces. Porque siendo D^a Marina la única persona que podía interpretar los discursos de los españoles, por hábil que se le suponga no es racional creer que le hubiese sido fácil reproducir con perfeccion aquellos sermones.

Ocupada la capital por los conquistadores el 13 de Agosto de 1521, no era posible que los progresos del cristianismo fuesen rápidos. Dos religiosos no bastaban á aquella magna empresa. Además, el sistema de repartimientos, establecido con el pretexto de que cada conquistador instruyese á los indios que le habian *tocado*, pero que en realidad no sirvió sino para calmar en parte la codicia de aquellos, no podía suplir la falta de sacerdotes. "Todo lo que se hizo para introduccion del culto católico durante la conquista, dice el Sr. Alaman,³ puede verse mas bien como una prueba del celo, á veces imprudente, que animaba á Cortés, que como un esfuerzo sistemado, dirigido al grande objeto de cambiar la religion establecida. Los ídolos fueron echados por tierra en Cozumel y Zempoala, y en su lugar se erigió la insignia de la redencion; en el Templo Mayor de México al lado de las sangrientas aras de Huitzilopochtli, se consagró una capilla en la que con pomposas ceremonias se celebró el sacrificio de la misa; pero con débiles medios de comunicacion, no obstante las exhortaciones del general catequista á los caciques de aquellos pueblos, á los señores que formaban la aristocracia tlaxcalteca y al emperador Moctezuma, no puede decirse que cambiaban la religion, por erigir nuevos objetos de adoracion, en lugar de los que la fuerza de las armas habia hecho caer, cuando no se podía dar á entender lo que aquellos significaban, ni resultaba otro bien inmediato que la cesacion de los sacrificios humanos,⁴ en los lugares en que el poder del conquistador ó la deferencia que se le mostraba, como en Zempoala y Tlaxcala, podía impedirlos, pues en México ni aun esto pudo obtener Cortés y la introduccion del nuevo culto en el templo mismo consagrado al mas venerado de los dioses aztecas, no contribuyó poco al levantamiento general de los mexicanos contra los españoles."

Contristase el ánimo, despiértase en el corazon la ira, y se necesita entrar en una reflexion detenida y profunda del espíritu de la época y del carácter de los hombres que en ella viven, para no manchar las páginas de una obra como la presente con las frases que la indignacion arranca, al leer las crueldades, las depredaciones de los conquistadores en el territorio del Anáhuac durante los primeros cuatro años que siguieron á la toma de México; crueldades y depredaciones tanto mas odiosas cuanto que las cometian aquellos que se llamaban los soldados de la religion dulce y benigna de Jesucristo.

1 Gomara, pag. 311.

2 Pimentel, *Memoria sobre los indios*, pag. 110.

3 Alaman, *Disertaciones*, tom. 2º pag. 130 y 131.

4 Ya esto solo basta á marcar el principio de una era de adelanto, de verdadero progreso, en que comenzaban á vindiarse los fueros de la humanidad.

Aquel imperio floreciente, aquella poblacion numerosísima, aquella grandeza mexicana, desaparecian por la insaciable codicia de los españoles. La matanza, mejor dicho, la carnicería de Cholula¹ en que perecieron seis mil habitantes de la manera mas cobarde é inícuo² quedando los españoles tintos en sangre y no pisando mas que cuerpos muertos; el asesinato de los nobles mexicanos por Pedro de Alvarado, en medio de un baile en que los acuchillan y en pocas horas quedan consumados los asesinatos y el despojo de las víctimas,³ hecatombe en "que corria la sangre por el patio, como el agua cuando llueve y todo el patio estaba sembrado de cabezas y brazos y tripas y cuerpos de hombres muertos," como dice Sahagun, quien agrega que por todos los rincones buscaban los españoles á los que estaban vivos para matarlos; el tormento de Cuauctemoc,⁴ y el del rey de Michoacan, Caltzontzin, este último crimen perpetrado por Nuño de Guzman;⁵ la epidemia de la viruela importada por un negro de Narvaez; los trabajos excesivos á que eran obligados los indios en su esclavitud y la manera inauditamente cruel con que eran tratados,⁶ y otros mil horrores que la pluma se resiste á describir, despoblaron considerablemente el imperio, y habrian hecho desaparecer la raza indígena por completo, si en medio de su espantosa desgracia, si en medio de tantas calamidades los mexicanos no hubiesen encontrado un escudo en los misioneros, cuyos trabajos vamos á bosquejar.

Cuando se reflexiona en la conducta depravada de los españoles, dice un escritor moderno,⁷ y en el teson con que los primeros misioneros se oponian al maltrato y vejaciones de que los indios eran objeto, queda el ánimo absorto al palpar la diferencia entre el carácter de unos y otros. Cualquiera pensaria que imbuidos en unas mismas creencias, vástagos de una misma raza, educados en la misma patria, bajo la influencia de idénticas costumbres, y partícipes de los beneficios de una misma civilizacion, todos tendrian iguales miras y se enderezarian á ellas por un mismo camino. Pero no; un abismo separaba á conquistadores y misioneros; el abismo de los crímenes cometidos por aquellos. El soldado no sabia sino destruir y matar, el apóstol tenia un espíritu ilustrado; el conquistador no sentia satisfecha su codicia con los mayores tesoros, el misionero nada quería para sí, y tan solo procuraba el bien de sus semejantes. En los labios del audaz aventurero no habia sino palabras de odio y de desprecio para la raza subyugada; en los del ministro evangélico promesas dulces, palabras de amor, raudales de bondad. El soldado no habia menester de otro recurso para lograr su fin que robar y matar, sin tener necesidad de aprender el idioma de los naturales para hacerles comprender cuáles eran sus designios, en tanto que el fraile humilde necesitaba largas horas de tenaz estudio para iniciarse en el idioma de los indios con el objeto de ilustrarlos. Muchas páginas llenaríamos si intentáramos establecer un paralelo entre unos y otros, para enseñar en toda su deformidad aquel contraste. Pero nó; no es ese nuestro intento, y nos bastará prevenir desde hoy una objecion que podria hacérsenos.

Una conquista no puede realizarse si no es de la manera con que Cortés realizó la suya, y es inconducente establecer comparaciones entre la ferocidad del soldado y la mansedumbre del misionero, se nos dirá.

Pero no logrará justificar á los conquistadores quien tal intente. Porque la mayor parte de los crímenes inauditos perpetrados en los indios, no se llevaron á cabo en los combates, sino á sangre fría y para despojarles de sus riquezas, para reducirlos á la condicion mas degradante y vil, para esclavizarlos por siempre. Y todo esto por los que venian á la patria de Moctezuma trayendo, como los soldados de Constantino, el lábaro santo, despues de en-

1 Herrera, *Décadas*, lib. 7º cap. 2º.

2 Gomara, *Conquista de México*, pag. 337.

3 Sahagun, lib. 12 cap. 19 y 20.

4 Gomara, op. cit. pag. 393.

5 Bernal Diaz, cap. 177.—Gomara, pag. 287.

6 Motolinia, pag. 18.

7 Ramirez Aparicio, *Los conventos suprimidos*, pag. 25.